

damentación ética de la experimentación con seres humanos centrándose en el análisis del respeto a las personas, el consentimiento informado, el consentimiento subrogado, la protección de los que tienen la autonomía disminuida, la distribución de riesgos-beneficios en la investigación y los principios de no maleficencia y beneficencia.

La segunda parte aplica los principios a cinco grupos de población vulnerable, expuestos a los riesgos y abusos que entraña la investigación biomédica: enfermos mentales (cap.4), soldados y presos (cap.5), poblaciones de los países en desarrollo (cap.6), los niños (cap.7) y los ancianos (cap.8). Casos famosos como el experimento de D. Rosenhan, las barbaridades del Doctor Kevorkian, la falta de asistencia a los enfermos del sida en los países en desarrollo, los problemas del menor maduro o las investigaciones con células cancerosas en ancianos en el *Jewish Chronic Disease Hospital* de Brooklyn son ejemplos que facilitan la lectura de estos capítulos y ayudan a comprender la importancia de considerar las características concretas de cada grupo vulnerable y sus factores específicos para desarrollar una adecuada normativa.

Los autores terminan su investigación con una convicción importante. La ética de la investigación biomédica con poblaciones vulnerables, una vez que integra los imperativos de protección, justicia y respeto, «impone la necesidad de considerar prudentemente el de no exclusión. Sería un error perpetuar su ya desfavorecida situación en nombre de su propio interés».—JAVIER DE LA TORRE DÍAZ.

## TEOLOGÍA ESPIRITUAL

ŠPIDLÍK, TOMÁŠ, *Ignacio de Loyola y la espiritualidad oriental. Guía para la lectura de los Ejercicios Espirituales* (Colección «Manresa» n.º 40, Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander 2008), 167p., 978-84-293-1756-5.

Tomás Spidlik (Boskovice, Moravia 1919) es jesuita, doctor en Teología y profesor emérito del Pontificio Instituto Oriental de Roma y de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma. Actualmente es también colaborador del Centro «Aletti», dedicado al diálogo entre las iglesias de Oriente y de Occidente. En octubre de 2003 fue creado cardenal por Juan Pablo II. El Profesor Spidlik ha dedicado gran parte de su fecunda trayectoria académica al estudio de la espiritualidad oriental y algunas de sus obras principales han venido siendo traducidas recientemente al castellano: *Los grandes místicos rusos* (Madrid 1986), *La espiritualidad del Oriente cristiano* (Burgos 2004), *La oración según la tradición del Oriente cristiano* (Burgos 2004), *El «Starets» Ignacio* (Burgos 2005).

El interés por estos temas orientales no nos sorprende; responde a una participación en una corriente cada vez más profunda y numerosa en la que las dos áreas de

la «faz» de la tierra parecen estar atravesando por un tiempo de intercambio cultural y aproximación mutua. Occidente lleva décadas experimentando cierto cansancio y rutina en su vida y práctica espiritual y ha mirado hacia Oriente con curiosidad en búsqueda de nuevas fórmulas y métodos que pudieran renovar en alguna medida su adormecida peregrinación espiritual.

El libro que hoy presentamos es traducción del original italiano *Ignacio di Loyola e la spiritualità orientale* (Roma 1994). ¿No tendrá este breve librito una pretensión desmedida? ¿No son acaso Ignacio de Loyola, su método, los *Ejercicios Espirituales* y su herencia institucional, la Compañía de Jesús, un claro ejemplo de una espiritualidad «racional», bien estructurada, ordenada y disciplinada, lejos, por tanto del modelo y propuesta Oriental?

En el Profesor Spidlik convergen en gran medida las dos tradiciones y, en concreto, la aportación ignaciana sobre la que versa el libro. Veamos. Aunque no aparecen explícitamente, los diez capítulos del libro podrían estructurarse en dos grandes partes: la primera centrada en los grandes temas de la experiencia religiosa (encuentro-método, hombre y creación), tal vez los primeros cinco capítulos, y la segunda el recorrido pedagógico por las cuatro semanas de los ejercicios a las que se anteponen las 15 páginas del «discernimiento de espíritus» en clave oriental del capítulo 6.

El esfuerzo de Spidlik desde el principio es el de responder a la pregunta sobre cómo «el Peregrino de Loyola se inserta en este largo camino de la tradición de los Padres». La pretensión es original y novedosa. La misma introducción se refiere a la obra del teatino Scuopoli traducido al griego por Nicodemos Agiorita y después al ruso por Teófanos el Recluso. Existe también la traducción de «Nicodemo del libro de los *Ejercicios* ignacianos comentados por Pinamonti». En sentido inverso podemos hablar de la traducción y divulgación en Occidente de la *Filocalia*, la más famosa selección de textos de la tradición hesicasta oriental. Entre sus destinatarios tal vez más interesados, Spidlik destaca a los jesuitas de procedencia oriental para los cuales «el encuentro esbozado en este libro toca el problema de su identidad religiosa» (12).

Una de las riquezas del texto es la aportación de nueva terminología para la comprensión de la propuesta ignaciana. ¿Qué es el hombre? Nuevos horizontes de aproximación al principio y fundamento se abren al contemplarlo como teofanía, dialogal, litúrgico y sinérgico, a quien ante todo le corresponde la colaboración con Dios en su trabajo en y por el mundo (23-32). La libertad interior del ser humano que busca a Dios (indiferencia) es iluminada desde la apatheia de los Padres Juan Clímaco, Basilio, Atanasio o Gregorio de Nisa. Las casi treinta páginas del capítulo 5 (45-72) vinculan las prácticas y métodos oracionales que Ignacio propone en los Ejercicios con las ya presentes en la tradición oriental. «La meditación ignaciana se inserta en esta tradición» (46). Así el primer [EE 238-ss] y segundo [EE 249] modos de orar de los Ejercicios (a partir de los significados y evocaciones de las palabras) evocan las propuestas de Teófanos el Recluso, la devoción de Orígenes o el deseo de San Antonio Abad pidiendo luz a Dios para conocer la profundidad de las palabras de la Escritura. Todo el tema de las adiciones se redimensiona con las aportaciones de Casiano y el Pseudomacario sobre la preparación y atención a la oración o las de Basilio y Orígenes sobre la atención del cuerpo en el ejercicio espiritual.

Ignacio de Loyola ha pasado a la historia de la espiritualidad y la mística de Occidente, entre otras cosas, por haber ofrecido una logradísima síntesis de los movi-

mientos internos (mociones) y haberlos vinculado a una causa religiosa (Dios - No Dios); así, uno de los capítulos más interesantes del libro de Spidlik es el que aborda el tema del discernimiento (73-86) y ayuda a releer las reglas de los Ejercicios [EE 313-336] desde la sabiduría de Evagrio Póntico y los primeros padres-teólogos del desierto. Spidlik va poniendo nombre a tantas experiencias que están implícitas en las reglas ignacianas: *logismoí*, *exagóureusis*, *anthírresis*, para llegar a otra «todavía más sutil», la *diákrisis*, como paso previo a una intervención lo más divina posible en la historia. Los capítulos 7-10 están contruidos según las cuatro semanas de los Ejercicios, ofreciendo en cada una de sus páginas el fundamento patristico que bien puede ayudar a releer las páginas de los Ejercicios. Significativas son las experiencias del infierno (90-91) de P. Florenski o de la posesión diabólica de Nicolaj Aleksandrovic que ayudan a la comprensión de una existencia sin Dios. El examen de conciencia, la compunción o *penthos*, la *metanoía* o conversión dan paso al seguimiento (103-126). Ahí se recuerda «El puesto central de Cristo en el pensamiento ruso», no sólo en la Teología o la Mística: F. Dostoievski, V. Ivanov o el filósofo V. S. Soloviev dan cuenta de esta preocupación cristocéntrica en el ámbito «de lo humano». Incluso lo que podría parecernos más propio y original de Ignacio, las meditaciones del cuarto día de la segunda semana, no escapan a esta iluminación oriental. Spidlik recupera la metáfora artística de Teófanos el Recluso para ayudar a la comprensión del tercer tiempo de elección ignaciano: «es el corazón el que siente la unidad [del cuadro]» (123). Habiendo llevado al lector por unas breves páginas sobre el sufrimiento entendido como kénosis propio de la tercera semana, llegamos al final del recorrido advertidos: «Ignacio no es el único que pone el amor al final del camino espiritual. Lo hacen otros muchos sabiendo que en él está la esencia de la perfección» (142-143). Dios, mucho antes y mucho más que por el discurso, se hace experiencia por el amor y ahí se hace verdad aquello de Gn 1,9: «Y vio Dios que todo era bueno». Ahí llegan los «santos peregrinos», los *stranniki*, e Ignacio era uno de ellos (146).

El librito del P. Tomás Spidlik es breve en extensión, pero de enorme profundidad. Es cierto que la propuesta de Ignacio de Loyola tiene más en mente hombres y mujeres en el mundo, en la historia y problemas de cada día, mientras que la propuesta oriental se orienta más hacia el retiro y el desierto. Con todo, ambos horizontes de la experiencia mística cristiana están llamados a favorecer en definitiva la vida en la caridad, la Vida en Cristo. El libro es una síntesis muy lograda de un saber fruto de muchos años de estudio, donde tantas citas que casi pasan desapercibidas, van tejiendo un tapiz de búsqueda mística. Spidlik nos ha acercado ignacianamente la rica tradición oriental; nos ha ayudado a ser un poco más sabios y por eso más humildes. Para ello, ha sabido recurrir no sólo a los grandes autores místicos. En Oriente, arte, filosofía, poesía, ciencia, historia, literatura conviven de manera más espontánea con lo religioso que en Occidente, no es de extrañar que el autor cierre alguno de los capítulos con una cita dedicada a la gran novela de B. Pasternak, *Doctor Zivago*.

El libro, erudito y teológico, es al tiempo ameno y de agradable lectura, como suele ser habitual en el autor, un estilo y agilidad que el traductor —J. L. Hoyos— ha sabido captar y respetar en todo momento. Sólo señalamos una pequeña errata para no confundir al lector: en la p.48, al hablar de los modos de orar hay una referencia al número [269] de los *Ejercicios*, cuando en verdad debe decir [249]. Las editoriales Mensajero y Sal Terrae han cuidado una vez más la edición de esta prestigiosa colec-

ción dedicada a la espiritualidad ignaciana que con este precioso libro alcanza ya los 40 volúmenes. Dos valiosos índices de nombres y de temas, así como un muy práctico vocabulario de «términos propios del Oriente cristiano» (153-156), con su grafía original griega, cierran esta valiosa contribución a la espiritualidad ignaciana.—José GARCÍA DE CASTRO, S.J.

OSORIO BURÓN, A. TOMÁS, *El Voto Inmaculista de Villalpando* (Centro de Estudios Benaventanos «Ledo del Pozo», Benavente 2008), 102p., ISBN: 978-84-935455-8-1.

Con gran esmero ha intentado el autor presentar esta monografía sobre la historia del famoso voto inmaculista hecho en el año 1466, el primer voto del mundo en honor de la Inmaculada Concepción. Se le conoce como voto de Villalpando y sus tierras. Son trece los pueblos que forman parte del grupo de los votantes: Cañizo, Cerecinos de Campos, Cotanes del Monte, Prado, Quintanilla del Monte, Quintanilla del Olmo, San Martín de Valderaduey, Tapioles, Villalpando, Villamayor de Campos, Villanueva del Campo, Villar de Fallaves y Villárdiga. Eran pueblos que pertenecían a la jurisdicción de Villalpando y formaban una cierta comunidad.

En el primer capítulo se hace un breve resumen de la doctrina inmaculista. El segundo presenta los votos inmaculistas españoles, para centrarse en el tercero en el voto de Villalpando. Sigue luego el estudio de las refrendaciones del voto tenidas posteriormente hasta nuestros días en los capítulos 4 al 9. El capítulo 10 está dedicado a la imagen y fiesta de la Purísima de Villalpando. Cierra el libro la reproducción gráfica del Voto y de las dos primeras refrendaciones.

Esta monografía puede ser de gran utilidad para comprender el valor de la religiosidad de una comarca y su fe en el misterio de la Inmaculada Concepción, cuando los teólogos, en concreto franciscanos y dominicos, defienden posiciones contradictorias en torno al dogma. Villalpando y su comarca son un exponente muy alto de lo que vale en materias teológicas controvertidas la intuición de pueblo, que camina en la ruta de la fe ayudado y guiado por el Espíritu Santo.

En orden a enjuiciar el valor teológico de este acto, no litúrgico, sino nacido como un acto del culto popular, hay que recordar lo que decía Juan Pablo II en su carta apostólica «Vicesimus quintus annus (18)»: «La piedad popular no puede ser ni ignorada, ni tratada con desprecio, porque es rica en valores, y ya de por sí expresa la actitud religiosa ante Dios; pero tiene necesidad de ser continuamente evangelizada, para que la fe que expresa llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico. Tanto los ejercicios de piedad del pueblo cristiano, como otras formas de devoción, son acogidos y recomendados, siempre que no sustituyan y no se mezclen con las celebraciones litúrgicas. Una auténtica pastoral litúrgica sabrá apoyarse en las riquezas de la piedad popular, purificarla y orientarla hacia la Liturgia, como una ofrenda de los pueblos».

El voto refleja una religiosidad popular llena de confianza en la Virgen, concebida sin pecado original. Acuden a ella implorando su protección en una solicitud calami-